

SERMON MORAL

SOBRE

EL HIJO PRÓDIGO.

Quanti mercenarii in domo patris mei abundant panibus, ego autem hic fame pereo! Surgam, et ibo ad patrem meum.

¡Cuántos jornaleros en la casa de mi padre tienen el pan de sobra, y yo me estoy aquí muriendo de hambre! Me levantaré, é iré á mi padre.

(LUCÆ, cap. xv, vers. 17)

¡Cuán misericordioso es nuestro Dios, amados míos! Siempre atento á nuestro bien, mira como un padre solícito por sus hijos, nada nos niega de cuanto le suplicamos; y á pesar de que sabe el abuso que hacemos de sus dones, nos los reparte sin término ni medida. Sólo después que nuestros pecados han llenado la copa de su ira, derrama sobre los mortales las aguas de la amargura, para que, acibarados sus placeres, retroceda el hombre del camino de la perdición é invoque su misericordia. Así es que Jesucristo, al conversar entre nosotros, se dió pocas veces á conocer como Dios fuerte, armado con la espada de su justicia, y casi siempre se mostró como Padre misericordioso. Todas sus palabras en el Evangelio son de amor y de piedad; ya es un pastor que posee cien ovejas, y habiéndosele extraviado una, abandona las noventa y nueve y va á buscar la fugitiva, atravesando montes y valles, espinas y abrojos, llanuras y precipicios, hasta que la encuentra, la pone sobre sus hombros y la conduce á su aprisco, y entónces convida á sus ami-

gos á que se alegren por haber encontrado la oveja que habia perecido; ya es un Rey compasivo é indulgente que perdona á su siervo todas sus deudas por haberse postrado á sus piés y pedídole gracia; ya un médico caritativo que vanda las heridas del doliente herido por los ladrones, lo conduce al hospedaje y lo alimenta hasta que recobra su salud. No hay paso en la vida del Salvador que no esté marcado con el sello de la misericordia.

Pero para que conociésemos el exceso de su piedad, para que viésemos hasta qué punto llega su amor al pecador, el mismo Jesucristo tomó á su cargo el poner delante de nuestros ojos el cuadro admirable de su benignidad: ya no nos pertenece, pues, á nosotros el manifestaros toda su extension. ¡Oh! ¿Y cómo podrá nuestra pobre lengua exprimir la idea exacta de este atributo de la Divinidad, que excede todas sus obras? *Miserationes ejus super omnia opera ejus.* (Psal. xxxii, 9.) Entre las parábolas tiernas nos propuso una para que se grabase profundamente en nuestro corazon y memoria, y fué la del hijo pródigo. ¿Qué entrañas no se mueven al oír esta parábola? ¿Qué pecador dejará de esperar, aunque sus desórdenes hayan sido los más graves y los más enormes por su número? Venid, pues, ¡oh pecadores! á oír en este día la voz de vuestro Padre, que, compadecido de vuestra miseria, os convida con el perdon; no os entregéis al temor y á la desesperacion por haberos extraviado; levantad vuestros corazones al cielo con confianza; aprended, con el hijo pródigo, á esperarlo todo, no sólo de una bondad infinita, sino de una ternura paternal, de un amor acendrado del Dios que habeis ofendido. No creais que vuestras maldades excedan la multitud de sus misericordias: por más que le hayais ultrajado, por más que le hayais olvidado, Dios es vuestro Padre, y todo su amor se dirige á los pecadores.

Voy, pues, á ponerlos dos cuadros á vuestra conside-

racion: lo que es el hombre extraviado de la ley de Dios y entregado á los vergonzosos deseos de la carne y á la fuerza de las pasiones, y lo que es el pecador que, conociendo sus culpas y la ofensa hecha al cielo, se postra á pedir misericordia; os diré que por grandes que hayan sido vuestros desórdenes, nunca llegarán á los del hijo pródigo; que por muchos que hayan sido vuestros excesos, siempre encontrareis remision, con tal que os humilleis. ¡Oh mi Dios! Bien sabeis que muchos de los pecadores se pierden porque, conociendo sus maldades, no comprenden la extension de tus misericordias. Sea, pues, amados mios, este discurso un antídoto saludable á vuestras llagas; espero que al fin os convencereis de que Dios se halla dispuesto á estrecharos entre sus brazos, con tal que depongais vuestras iniquidades á sus piés.

Para conseguir este objeto, procedamos con orden: la historia de los desórdenes del hijo pródigo es la relacion de los vuestros; primera parte. La historia del arrepentimiento del hijo pródigo debe animaros á hacer penitencia despues de una confesion sincera. En una palabra: los desórdenes del hijo pródigo, para que los detesteis; las lágrimas del hijo pródigo, para que las imiteis.

¡Oh Virgen Madre de la misericordia! ¡Protegedme en este momento para que pueda hacer que el pecador comprenda que las misericordias de tu Hijo son infinitamente más grandes que sus iniquidades; iluminadlos para que conozcan, cual él, la inmensidad y la latitud de su piedad; para que aquellos que no se convierten movidos del temor, vengan á Dios atraídos por su amor!

AVE MARÍA.

PRIMERA PARTE.

Un hombre tenía dos hijos. ¿Quién no se admira al ver la condescendencia y caridad infinitas de nuestro Dios? Pudiera, al proponer su parábola, darse otros títulos; pudiera decirse Señor absoluto, Sér soberano, Rey de los reyes, Criador de cielos y tierra, pues á todos estos nombres tiene derecho; pero como sabe que la grandeza y majestad más inspiran temor que confianza, se da el título de hombre, para que podamos llegarnos á Él sin zozobra; y para inspirarnos más este amor, no se llama hombre distinguido por su nobleza ni por sus hazañas, se confunde con los demás y se asemeja á ellos en todo: *Homo quidam*. ¡Oh! ¡Cómo conviene á Dios este lenguaje! A este Dios que se hizo hombre por nuestro amor, y que no quiso distinguirse de los demás sino por una bondad sin ejemplo: *Homo quidam*. Si algun atributo hay en este hombre, es el ser compasivo, pues es un Padre tierno: *Homo quidam habuit duos filios*. Este Padre, pues, tiene dos hijos; pero todos los hijos de Dios, todos los herederos de su gloria, se dividen en dos clases; ó en justos que han conservado su inocencia, ó en pecadores que han llorado sus desórdenes; todos los demás serán excluidos del reino de Dios.

Empecemos, pues, la historia del Hijo pródigo; por ella vereis los caminos de perdicion que va corriendo el pecador por sus pasos contados; primeramente, su orgullosa demanda en pedir los bienes que le pertenecen; en segundo lugar, la ingratitud en dejar la casa paterna; en tercer lugar, su insensatez en gastar su patrimonio en lujurias, y en cuarto lugar, en degradarse hasta desear la comida de los animales viles.

Su orgullo: ¿no veis con cuánta arrogancia se presenta á su padre, con qué altivez le dice: *da mihi*, dadme? ¿Y qué pide este jóven pecador, este jóven abrasado por las pasiones ardorosas y los deseos de libertad? La porcion del patrimonio que le toca. ¡Injusta pretension! ¿Qué derecho tiene el hijo á los bienes de su padre mientras éste vive? ¿Quién no reconoce en estos rasgos al pecador orgulloso? En efecto, amados míos: ningun pecador pide á Dios con sumision lo que necesita; ninguno contiene el fuego de sus deseos; el pecador hace por arrebatar por fuerza á Dios lo que satisface sus deseos; ya quiere nivelarse con los grandes, ya desea poseer los tesoros de los ricos; y si Dios no se lo concede, murmura contra Dios, se irrita contra su providencia. ¿Por qué Dios no me ha tratado tan favorablemente como á los otros? ¿Por qué no tengo los talentos y los medios de prosperar como mis amigos? *Da mihi portionem substantiæ que me contingit*. Léjos, pues, de llamar á Dios con el amoroso título de Padre; léjos de reconocer que no da sus bienes á las criaturas sino para que usen de ellos, reservándose él la propiedad; que Dios ha puesto un límite á cada cosa, y que este límite es sagrado y nadie puede pasarlo sin trastornar el órden de su providencia, el pecador mira cuanto ha recibido del cielo como hacienda propia, de la cual puede disponer con una independencia absoluta. *Da mihi*, etc. «Dios, dice el pecador: yo tengo un alma racional y espiritual hecha para pensar lo que le agrada; yo quiero creer lo que pueda medir con el compás de mi razon, lo que me parezca verosímil, ó lo que quiera yo adoptar como tal; quítame este yugo de la fé, para que sea yo libre en creer lo que me agradare. *Da mihi*, etc. Tengo un corazon sensible; mi bienestar depende de mis deseos, de los sentimientos y de los placeres que él me procuró; este corazon es mio, y yo quiero darle la libertad de obrar contraria á tu ley; qui-

tame esta ley, y pueda yo gozar de mi independencia. *Da mihi*, etc. Este es el lenguaje presuntuoso del pecador; estas son las máximas que exprime; que el hombre nace libre é independiente, y que está entregado á las manos de su propio consejo. ¿Y qué contesta el padre á un hijo tan rebelde? Oye sus voces y su arrogancia, y no se irrita; ántes al contrario, le da cuanto pide. *Et divisit illis substantiam suam.*

¡Qué suerte tan diferente cabe á estos dos hijos! El uno tiene sus delicias en estar en casa de su padre, en hallarse á su lado y sentarse á su mesa; goza de todas las caricias y ternuras del padre, y esto le basta; el otro quiere bienes que pueda trasladar á otra parte, bienes terrenos, oro y plata. Cada uno recibió lo que deseaba. ¡Oh, qué espantosa es esta particion! ¿Pensais en los bienes que pedís á Dios? Dos clases hay de bienes que Dios reparte á sus criaturas: los del tiempo y los de la eternidad, los de la naturaleza y los de la gracia, los que satisfacen nuestros deseos por un tiempo, y los que nos acarrearán una dicha sin fin. Cada uno escoge y pide, y Dios se lo concede. Uno pone toda su dicha en habitar en la casa de Dios, en rodear sus altares, en cantar cánticos piadosos, en alimentarse con su palabra, y lo obtiene de Dios. Otro quiere los bienes de la tierra, las riquezas, los honores y los talentos que brillan á los ojos del mundo, la hermosura del cuerpo, y Dios se lo concede; *et divisit illis.* Y luégo que el pecador ha obtenido de Dios lo que pide, en un momento lo reúne todo, se precipita sobre los dones de su padre como una fiera sobre su presa, sin acordarse de dar gracias á su padre por su liberalidad. Éste eres tú ¡oh jóven! que corres precipitado por los caminos del siglo, sin acordarte de tu Dios. Acaso habeis recibido de Él un ingenio sublime, talentos distinguidos, un corazon noble y generoso, y no habeis mostrado á Dios el debido agradecimiento; veis salir cada dia el sol,

sin bendecir la mano que lo envia; todos los talentos que teneis los reunís y contemplais con una satisfaccion orgullosa, creyendo que sois el autor de ellos, sin emplearlos jamás en la gloria del Señor, convirtiéndolos quizá en instrumentos para hacerle la guerra. Ved, pues, el primer paso del pecador hácia su ruina; su orgullo en pedir á Dios lo que no le pertenece.

Luégo que el hijo pródigo ha obtenido lo que desea, se va á una region lejana; no piensa en despedirse de su padre ni de su hermano; sólo desea perder de vista esta casa, que le es odiosa, á pesar de haber pasado en sus delicias los años de su juventud: se aleja de ella cuanto puede, y se va á un país remoto á buscar la dicha por la cual suspira. *Peregre profectus est in regionem.* ¡Oh qué representacion tan viva del alma infiel á su Dios, de esta alma que gozaba de las delicias de la virtud en casa de su Padre, en la Iglesia del Señor! No hablo de una separacion que pueda medirse con la vista, sino de la que separa las almas entre sí. Dos hermanos, dos esposos viven bajo un mismo techo, y acaso se hallan separados, no por rios ni por mares, sino por un caos espantoso; el uno es habitante del cielo por sus pensamientos y deseos, y el otro, el otro lo es de la tierra por sus iniquidades; el uno es habitante de Jerusalem, y el otro de Babilonia; aquél vive bajo el imperio de Dios, éste bajo la tiranía del demonio. ¡Qué distancia tan enorme! *Peregre profectus*, etc. Pero ¿qué region es ésta, amados míos? Para unos es la herejía, esta region tenebrosa á donde ha ido el pecador incrédulo despues de haber salido de la Iglesia del Salvador, que es su Padre, y en ella profesa hoy la impiedad, despues de haber prometido á Dios que le sería fiel. Para todos, esta region es el mundo, entregado á su ignorancia y presuncion, y abandonado de la gracia; el mundo, donde se encuentran algunas almas fieles, pero la muchedumbre está reprobada. Á esta region se fué el

jóven pródigo. ¡Oh infeliz! ¿Á dónde vas, sin pensar ni en los peligros que vas á encontrar, ni en las lágrimas que tu padre derrama al verte partir sin haberle pedido su bendicion? Esta es la ingratitud con que el hombre se aparta de su Dios y le abandona, despreciando sus beneficios; pero pronto recibirá el pago del mismo mundo á quien va á servir.

En efecto; apenas ha entrado el pecador en la carrera de la perdicion, luégo gasta los bienes del cielo en dar pábulo á la lujuria y á sus consecuencias. ¡Oh! ¡Si yo pudiese explicar la preciosidad de los bienes que pierde el pecador luégo que se entrega á las máximas del mundo y olvida los consejos que recibia en casa de su Padre! Pierde la inocencia bautismal, que es el tesoro más rico; pierde todas las virtudes adquiridas, el amor de su Dios, y algunas veces la fé y la esperanza. Todo lo disipa el pecador cuando se aparta del camino de la verdad. *Dissipavit substantiam suam*. Se olvidan las verdades, se aprende el error; nada hay que pueda consolarle en la vida, quien pueda guiarle, quien pueda mostrarle el camino en sus extravíos. Se pierden los bienes de la naturaleza, y en el seno de la ociosidad y molicie el talento se aminora, el carácter se debilita y desaparece todo sentimiento noble y generoso. El hombre que abandona á su Dios es un sér degradado: á veces se destruyen los bienes de fortuna. ¡Oh! ¡Cuántos pródigos hay reducidos á la miseria por haber gastado sus tesoros dando pábulo á sus pasiones! ¿Qué sucedió entónces? Cuando el pobre pecador ha dispendiado cuanto poseia, un hambre extraordinaria se apoderó del país que era el teatro de sus desórdenes: *Facta est fames valida*. ¡Oh! ¡Qué parábola tan admirable! Necesario era que el mismo Dios nos la dijese para comprender cuanto en sí encierra. La region donde fué el pródigo es el mundo; y aquí, amados mios, todos tienen hambre: el rico se ve lleno de tesoros, nada

le satisface al considerar á los hombres opulentos, sus palacios, su lujo y su servidumbre; aún desea más, aún suspira por más; nadie se contenta con lo que tiene. Ved á ese hombre que corre presuroso centelleando por sus ojos; está colmado de honores, de dignidades y de gloria; ocupa un lugar distinguido en la sociedad; sin embargo, nada le satisface, se avergüenza de vivir en el rango que ocupa, se exaspera contra los que mandan más que él, quisiera dar leyes á sus hermanos, quisiera tener la primera ó segunda dignidad del Estado. ¡Oh! Dad á ese libertino todos los placeres sensuales; ya está disgustado, ya está harto. ¿Y no le veis frenético y fuera de sí? ¿Qué quiere? ¿Qué pretende? Excitar en sí la saciedad misma por nuevos placeres; los que le han embriagado no son nada á sus ojos; aún tiene hambre. Sí, amados mios; esta hambre persigue al sábio, y le hace perder dias y noches para aumentar su fama; esta hambre persigue á todos los hombres en este mundo; ¿y cómo no los ha de perseguir? ¿Cómo no los ha de acosar? Nada de cuanto nos ofrece el mundo puede alimentar nuestras almas; todo cuanto nos presenta es como el campo lleno de mies, cuya apariencia es magnífica, pero apenas se abre una espiga, todo lo que encierra es polvo y ceniza; todo lo que el mundo da á sus adeptos es viento, es humo, y á las veces todo. Ved, pues, si habrá hambre en los que buscan su dicha en los placeres: *Facta est fames*, etc. ¡Desgraciado pródigo! Vivía en la abundancia cuando estaba en casa de su padre; nada faltaba á sus deseos legítimos, y ahora se ve reducido á la última miseria: *Et ipse cepit egere*. ¡Oh qué necesidad tan grande oprime á este desgraciado! Nuestra alma necesita de alimento, y esta es la verdad, la esperanza y el amor; miéntras vivimos en casa de nuestro Padre celestial, todas nuestras necesidades están satisfechas; la necesidad de la verdad la satisface la fé; la necesidad que tenemos de

esperar la satisface la esperanza; la necesidad que tenemos de amar la satisface la union estrecha que tenemos con Dios, objeto de amor puro; pero cuando el pecador quiere alimentar su espíritu de todas las imaginaciones y fantasmas, no sólo vanas, sino impuras; cuando quiere alimentar su corazón de todos los deseos vagos, insensatos y criminales; cuando anhela por todos los espectáculos que pueden depravarle y corromperle, se ve agitado por el hambre y la necesidad: *Et ipse cepit egere.*

Orgullosos, pues, ingratos é insensatos el pecador en pedir los bienes á su padre, en abandonar su casa y emplear su patrimonio en satisfacer sus pasiones, acosado por el hambre que causan los placeres carnales, ¿qué ha de hacer? Degradarse, amados míos, perder su nobleza y su libertad, hacerse esclavo del mundo, *et adhesit uni civium regionis illius*, se entregó al dominio de las pasiones, es decir, de los príncipes de las tinieblas, pues cada pasión tiene un demonio que la preside; pronto el demonio de la deshonestidad, que más tiraniza la juventud, lo dominará y subyugará; y luego que lo haya dominado, lo enviará á su casa de campo; y ¿á qué? Pronto lo verás, jóven insensato. ¡Ah! Este tirano te proporciona al principio todos los placeres, llena tu imaginación de pinturas, de gozos deliciosos que te promete; tú vas á pasos de gigante hácia esta vergonzosa morada, que te abre como si fuera un lugar de recreo, ó un palacio encantado de esos que lees, jóven iluso, en esos libros inmorales, de esos que extravían tu imaginación, jóven incauto, en los libros corruptores; creéis encontrar mil objetos seductores, y llenar todos los deseos de vuestro corazón. ¡Oh qué momentos tan dichosos os prometéis! No contareis vuestras horas sino por vuestros placeres; pero ¡cómo os engañáis! apenas ha puesto el pié en el umbral de la puerta el desgraciado pródigo, cuando ha sido despojado de sus hermosos vestidos, lo cubren de andrajos

asquerosos, lo encierran en un establo, lo tratan como al más ínfimo de los esclavos, y lo destinan ¿á qué? ¡Pobre infeliz! ¡Cuántas lágrimas derramaria tu padre si te viese! ¡Qué dolor causarías á su corazón! A apacentar una pira: *missit illum... ut pasceret porcos.* Allí se le niega todo alimento, ve el ánsia con que se sacian en su pasto los animales inmundos; sus pasiones le han degradado de tal modo, que se olvida de que es hombre, de que Dios le dió el pan para alimentarse, y quisiera llenarse con los restos del pienso dado á los animales estúpidos: *et cupiebat saturare ventrem suum de siliquis, quas porci manducabant.* Pero ¡oh profunda sabiduría de Dios! ¡Cómo conoce el fondo del corazón humano! Deseaba hartarse con los restos de la inmundicia, y nadie se los daba: *et nemo illi dabat.*

Aquí, amados míos, es necesario fijar nuestra atención; todo cuanto ha dicho Jesucristo en la parábola no es sino un preliminar de lo que encierran las últimas palabras. ¿Qué encierran en sí? No sólo este deseo ignominioso de querer asemejarse al bruto destituido de razón y destinado á ser víctima de la podre y de la nada; no quiero yo daros á entender esto, pues no hay uno de los incrédulos de nuestros días que no haya exprimido este deseo; no hay uno de esos falsos moralistas, usurpadores del título de sábios y filósofos, que no haya manchado sus escritos con la idea de que el hombre tuviese la dicha de no reflexionar sobre sus caminos; muchos hay, al contrario, que han sostenido que no existe ninguna diferencia real entre el hombre y la bestia; pero hay otro sentido en estas palabras, amados míos; quiere el pecador saciarse con los residuos de la inmundicia de los animales, y nadie se los da: *et nemo illi dabat.* ¡Qué! ¿No es posible que el hombre se arroje en el abismo de los desórdenes más vergonzosos y los más infames cuando lo quiere? ¿No puede imitar los seres viles y abyectos